

tiricia, no por eso debo ignorar si el que me vendió ese licor no estará en inteligencia con el miserable que ha envenenado mi vino de Roussillon.

—Tenéis razón, señor, y lo haré.

—Os dejo. . . . ¡Ah! ¿á propósito, habéis visto á Champagne? ¿sigue bien?

—Ha traído esto de vuestra parte

Y el viejo designó siete botellas bien conocidas de Artagnan, y no pudo menos de sonreír.

—¡No bebáis ni una gota antes de someterlas al análisis más escrupuloso! exclamó.

—Si todas esas botellas estuvieran envenenadas, respondió Fleuron, mi fortuna estaría hecha. Tendría lo menos cien mil escudos.

—¡Oh, querido señor, vaya un pensamiento atrevido! ¿Y todavía así rehusaríais ser el boticario de M. Mazalrino?

El viejo cambió de color y miró al caballero con espanto.

—Señor, dijo acercándose, soy frondista por amor á la ciencia, porque si mis clientes me abandonaran quedaría reducido á la última miseria.

—Maese Fleuron, me encargo de ponerlos bajo la protección de MM. Vallot y Guénand, y esos ilustres médicos harán vuestra suerte.

—Si hacéis eso, señor, os cuidaré cuando estéis enfermo sin que me paguéis nada.

—Gracias, no abusaré de vuestro ofrecimiento.

Artagnan se dirigió hacia el Marais para encaminarse á la puerta de San Antonio.

El pobre caballero tenía faltar á la cita. Sonaban las tres en San Pablo, cuando llegó á la Bastilla.

XX

Un mes después se habían operado bastantes cambios en las costumbres ó en la posición de algunos de los personajes de esta historia. En primer lugar, el cardenal gracias á la actividad prodigiosa que había sabido imprimir á los trabajos y á las reparaciones, pudo instalarse en el palacio que hizo construir en la calle de Pettis-Champs y que formaba esquina con la callecita Vivien, hoy Vivienne. Sus sobrinas naturalmente lo siguiéron á aquella suntuosa morada, bajo la sobrevigilancia de madama de Venelle quien la podía ejercer más fácilmente que en Louvre.

La señorita Marniozzi estaba sola en su estrado con M. Dufresnoy, cuando entraron las dos hermanas Mancini. Inmediatamente Ana María dejó su asiento y corrió á e contrarlas llevándolas á una de las ventanas de la galería, donde se encontraba una mesita, sin cuidarse para nada del pintor, el cual acostumbrado sin duda á aquellas alternativas de inmovilidad y de movimiento no se atrevía á quejarse, y sacó filosóficamente de su bolsillo un pequeño Horacio que se puso á estudiar con atención.

—¿Y bien, dijo Ana María, estáis ricas hoy?

—He aquí la cosecha, dijo Olimpia poniendo una bolsita de terciopelo sobre la mesa, pero creo que es tiempo ya de detenerse, porque el «signor Guilio» podrá muy bien descubrir el complot.

—¿Cómo quieres que sospeche nada? respondió Ana María: nos dá con gran trabajo algún dinero desde hace más de un mes, y nosotras cuidamos de guardar religiosamente la mitad, jugando el resto. Ve que perdo-

mos y le ocultamos nuestras ganacias; no es buen plan por cierto?

—Ciertamente, pero confiesa, querida Ana, que tenemos para ti una ceguedad sin ejemplo, puesto que no te has atrevido hasta ahora á confiarnos tus proyectos.

—¿Y acaso yo os pido que me relevéis vuestros secretos? Os he dicho únicamente: Necesito veinte mil libras, ayudadme á reunir las. Entiendo que no estamos muy lejos de ello. Dejadme obrar. Cuando sepáis todo, aprobaréis mi conducta.

—¿No sabremos nada todavía? preguntó María Mancini poniendo á su vez su pequeño saco de oro al lado del de su hermana.

—Hagamos la cuenta, dijo Ana Maria abriendo los dos sacos y echando el oro que contenia sobre la carpeta de la mesa con una avidex que bien podía compararse con la de su tío. Al mismo tiempo sacó de su bolsa un librito de Horas sobre cuya primera hoja se encontraban alineadas con entera perfección numerosos guarismos.

—Yo he traído mil cien libras, dijo Maria Mancini.

—Y yo setecientas tan sólo, dijo con tristeza Olimpia.

—¡Entonces poco nos falta! exclamó alegremente Ana Maria, porque he añadido esta mañana mil cuatrocientas libras que ganó a M. Fouquet.

—Oh! dijo Olimpia, M. Fouquet es un jugador galante y da gusto jugar con él.

—Señoritas! exclamó la Maravilla de los cabellos rubios sumando, esto hace veintiún mil trescientas libras.

—Entonces sobra ya!

—Tanto mejor, agregó Olimpia, podré por fin jugar por mi cuenta.

—Oh! tú perderás siempre, respondió su hermana.

—Es verdad, porque desde que tú nos has puesto á medias en tu buena acción, hemos tenido una fortuna loca.

—Quedan, pues, mil trescientas libras sin ocupación, aventuró Maria.

—Partámoslas, dijo Olimpia.

—Un instante, interrumpió Ana Maria, las veinte mil libras deben servir efectivamente para una acción, una acción justa sobre todo, se trata de una reparación, pero las mil trescientas que quedan pueden destinarse á una obra de caridad.

—¿Cuál? preguntaron las dos hermanas.

—No sabéis que M. de Mazarino paga esos cuadros á este excelente M. Dufresnoy, en doscientas libras cada uno! . . . hizo Ana Maria con una indignación de que participaron desde luego sus primas.

—Esto es indigno!

—Entonces aprobáis el empleo que voy á dar á esas mil trescientas libras que tenemos sobrantes?

—Con todo el corazón.

Ana Maria sacó inmediatamente esa suma de los saquitos de terciopelo, mientras que el resto fué á desaparecer en su bolsa. Las tres jóvenes se dirigieron en seguida con la risa en los labios hacia el pintor que no habia levantado la cabeza y estaba enteramente absorbido en la lectura del poeta latino, pero ninguna tuvo tiempo para abrir la boca, porque entró el cardenal.

Iba seguido del caballero de Artagnan. Mazarino examinó con atención la obra del pintor, y parecia bastante satisfecho?

—Señor Dufresnoy, dijo, he aquí nuestros tres retratos casi concluidos en cuanto á la cabeza, ¿cuánto tiem-

po necesitarías para sacar una copia de cada uno de ellos en miniatura?

—Dos ó tres días, monseñor, respondió el artista.

—Entonces es preciso que emprendáis ese trabajo desde luego y sin descansar, lo entendéis?

—Vuestra Eminencia me permitirá ir á mi casa para traer los objetos necesarios, á fin de dedicarme á ese trabajo desde luego.

—Muy bien, y estas señoritas pondrán de su parte lo que sea necesario, lo cual no podrá enojarlas.

El pintor salió, y las tres primas no suponiendo necesaria su presencia en la galerie, lo siguieron con toda prisa alcanzándolo en la escalera. Las dejaremos, pues, platicar juntas para volver á la galeria.

Mazarino se sentó en frente del retrato de Ana María y llamó á Artagnan que se ocupaba también en considerar aquel retrato, pero á mayor distancia.

—Señor Artagnan, dijo, ¿tendriais algún inconveniente en emprender un pequeño viaje?

—Depende del país, monseñor.

—Parece que estáis de mal humor, Artagnan.

—No, monseñor.

—Hace un mes cuando más no me acuerdo muy bien, que os dí orden para arrestar á un hombre que podemos considerar en buen derecho como nuestro enemigo común, y cuando ibais á ponerle encima la mano, sois vos arrestado por deudas! ¡por deudas! Habéis salido bien, y todavía os quejáis, en verdad que sois un mal deudor y esto es muy malo!

— Monseñor!

—Sí, lo sé bien! Habéis pagado ya! pero nada lo prueba. No es esto todo: al día siguiente os encargo de experimentar un licor que os entrego, y cuando os es áamos en el Louvre M. de Beaumont y yo, s abe



mos que habéis sido arrestado de nuevo y en qué circunstancias!

—Una equivocación, monseñor!

—Equivocación ó como queráis, pero siempre un escándalo, y así conseguiréis haceros imposible!

—Vuestra Eminencia convendrá sin embargo, en que desde que quedé en libertad he llenado completamente sus deseos, desplegando una ejemplar sagacidad, obedeciendo hasta el capricho de dejar crecer mi barba lo que no deja de contrariarme.

—Vaya un sacrificio!

—Eh! monseñor, puesto que estamos solos, dejadme hablar de esto, porque en verdad que puede confesar Vuestra Eminencia que no lo fatigo demasiado.

—Artagnan, abusáis de mi bondad hacia vos.

—Abuso tan poco, monseñor, que me parezco á Job

en lo pobre, yo vuestro servidor fiel y adicto, en tanto que otros engordan y se roponen Besmaux por ejemplo, no es gobeanador de la Bastilla?

—¡Ah! pero Besmaux ha pagado muy bien su empleo con diez mil libras.

—Diez mil libras que ha perdido haciendo una apuesta con Vuestra Eminencia, monseñor, ¡no confundamos las cosas! exclamó el bearnés rectificando los hechos.

—Es verdad . . . lo olvidaba . . . dijo Mazarino confuso y poniéndose encendido.

—Por fin, monseñor, me habéis prometido sí ó no una compañía?

—Confieso que en otro tiempo, pero hoy . . .

—Hoy, monseñor, las cosas han cambiado bastante, es verdad: pero estoy bien decidido á romper lanzas con la fortuna que no cesa de perseguirme. Me habéis ordenado que deje crecer mi barba, pues bien, esto me servirá para entrar en un convento en vez de volverme á las montañas del Bearn como tenía pensado.

—¿Dejaréis la corte, Artagnan?

—Sí, monseñor, y nada me importa que esto dé en qué pensar á todo el mundo.

—En efecto, Artagnan, dijo el ministro sintiendo el golpe.

—No faltará quien crea que no se saca ni honra ni provecho en servir á Vuestra Eminencia.

—No haréis eso, Artagnan.

—Lo veréis, monseñor ú os veréis obligado á hacerme capitán de las guardia nada más que por vuestra propia conveniencia.

—Vamos, amigo mio, conteneos y reflexionad que os será fácil obtener ese empleo si queréis ayudaros un poco.

—Sí, monseñor, bien sabéis que no tengo un sueldo:

si parto para el Bearn me veré obligado á emprender en algo para buscar mi subsistencia.

—Nunca me hareis creer, Artagnan, que vos os encontráis en esa situación.

—Pues es lo cierto, monseñor, ya he suplicado á Navailles que busque quien quiera comprar mi tenencia.

—¿Veamos cuánto os ha costado esa tenencia?

—Nada, monseñor, es verdad; pero os suplico que no hablemos de dinero; ya le véis es como si quisieramos bajar la luna del firmamento. Quereis que yo encuentre dinero, monseñor, lo comprendo muy bien, pero vos sois todo poderoso, la Francia entera está á vuestros pies, el rey y la reina son casi vuestros súbditos! y yo os desafío á que en ese particular pueda obedeceros.

—Sin embargo, calculemos un poco.

—¡Nada de cifras, monseñor! siempre me han ocasionado vértigos y les tengo horror!

—Escuchad, Artagnan, os juro que estoy muy bien dispuesto hacia vos pero si ascendéis á capitán vuestra tenencia volverá al Estado de pleno derecho, y añadiendo unas veinte mil libras . . . porque en fin, debéis comprender que un despacho de capitán bien vale cincuenta mil libras.

—Veinte mil libras para vos, monseñor, es lo mismo que una gota de agua sacada del mar mientras que para mí es un Perú.

—El erario está exhansto, Artagnan.

—Pero es, monseñor, que yo no puedo refaccionarlo.

—Pero tenéis amigos.

—No dudo que se me prestará esa suma, pero tendría que reembolsarla y esto no me sería posible.

—En fin, Artagnan, sois un hombre terrible, y habrá que ceder á lo que queráis, <corpo di Bacco!> . . .

- ¿Monseñor me hará capitán? ...
- Es que no soy yo quien nombra, bien lo sabéis pero hablaré al rey.
- ¿Bien seguro, monseñor?
- Cuando hayáis conversado con M. de Bastillac.
- ¿El tesorero de la reina? gracias, monseñor, parto para el Bearn, tenéis algunos encargos para el camino?
- Sí, precisamente: porque desearía confiaros una misión para ese lado.
- ¿Para dónde?
- Para Burdeos.
- Entonces marcharé ya de capitán, dijo Artagnan resuelto, al ver que el cardenal lo necesitaba, á establecer sus condiciones.
- Hablaré al rey.
- ¿Me lo prometéis, monseñor?
- Os doy mi palabra.
- Entonces, monseñor os escucho.
- Podéis vanagloriaos por haber sabido forzarne la mano, dijo el ministro levantándose y yendo al lado de la puerta de entrada delante de la cual estaba una tapicería.
- Marchó con tanta presteza que cuando levantaba la tapicería un vestido de raso se escapó en el corredor dejando de sí su ruido significativo.
- Ana, exclamó Mazarino, ¿erais vos? ¿escuchábais?
- No tío, dijo Ana volviendo sobre sus pasos, iba á entrar y me he vuelto cuando advertí que estábais conferenciando.
- ¡Vamos, entra! Ya veo que llega M. Dufresnoy apresuradamente. Voy á conversar todavia con M. de Artagnan.
- Ana Maria entró en la galería cambiando una mirada involuntariamente con el caballero, y se dirigió ha-

cia su estrado, en tanto que el cardenal abria una puerta-ventana que daba acceso á un pequeño jardin.

Mazarino y Artagnan conversaron durante más de una hora paseándose en las avenidas del jardin, y Ana Maria, colocada delante del pintor, no perdía ninguno de los gestos del caballero: ellos parecian empeñados extraordinariamente en su plática, y más de una vez una nube recelosa plegó dolorosamente el arco delicado de sus rubias cejas.

—M. de Conti y madama de Barada, dijo el cardenal despidiendo á Artagnan he aqui vuestro gran círculo y el carnicero Duretete por complemento, si podéis. Este hombre es la clavija obrera del gran movimiento de Guienna, y seria un gran golpe enviármelo aqui, á la Bastilla, atado de pies y manos. Besmaux fracasó y era el décimo que mandé hace un año, sucediendo lo propio con M. de Candale. A vos os toca conseguir un buen resultado, Artagnan; pero es que este negocio no os haga entorpecer el otro, al contrario.

—¡Ah! son dos asuntos delicados, monseñor, y no hay que impacientarse, pero se necesita dinero.

—Siempre es esa vuestra palabra.

—Ese, monseñor, es el nervio de la intriga.

—Ya arreglaréis todo esto con M. de Beaumont, que actualmente se encuentra en Blaye y con cierto banquero judío de Burdeos, llamado Isacar.

Tendréis una carta de crédito contra él.

—En hora buena.

Artagnan dejó el palacio de Mazarino y se fué maquinalmente del lado de la Bastilla.

Era aquella la hora en que el coadjutor se paseaba sobre la plataforma de la prisión de Estado; pero es necesario remarcar que no había ya tanta afluencia de gente y que la mayor parte de los que paseaban pare-

cian dar muy poca importancia á los saludos del prisionero, de los cuales M. de Retz no era avaro desde lo alto del edificio.

Bien pronto la puerta exterior del bastión de vanguardia se abrió y con gran sorpresa del caballero vió salir de allí á M. Pluchet.

—¡Eh, buen Dios! ¿qué venis á hacer por aquí maese Pluchet?... le dijo; estaréis comprometido en algún mal negocio. No se sale así no más de la Bastilla.

—Ah, ya veo, señor Artagnan, que tenéis poca memoria para las buenas acciones que hacéis.

—De qué queréis hablar maese?

—No disteis á mi esposa una carta para M. de Besmaux, gobernador de la Bastilla, hace ocho días?

—A fe mía, que el diablo me lleve si lo recordaba!

—Pues bien, señor, desde ese día tengo el honor de ser el encargado de proveer de comestibles á los prisioneros de Estado.

—Tanto mejor para ellos, y si algún día lo soy, me procuraréis un poco ¿verdad?

—Para mí será un deber, dijo con seriedad el buen hombre.

—Y veis, maese Pluchet, las ventajas que resultan de estar bien con el poder.

—¡Ah, señor, si hubiese prestado oídos á mis falsos amigos, estaria ahora en algún calabozo ó colgado como aquel imbécil de Ricous, el de las «Haudriettes»... Pero os dejo, no quiero distraeros, parecéis estar preocupado, señor.

—Y decidme, ¿conocéis la ciudad de Burdeos; querido Pluchet?

—Tengo allí un hermano establecido, señor.

—¡Ah!... y conoceréle á un cierto M. Duretéte, síndico de los comerciantes de esta ciudad?

—¡Oh! un hombre terrible. Mi hermano me ha hablado de él en una carta que hizo escribirnos para tranquilizarnos acerca del estado de las cosas de ese país.

—¿En qué sentido creéis que sea un hombre terrible? —Burdeos tiembla en sus manos como un pájaro entre las uñas de un gato... No es por cierto perverso pero si muy sagaz, muy fino. Me acuerdo haberle visto hará diez años, y desde entonces supe calificarlo.

—¡Ah, sí! dijo Artagnan, pensativo y despidiendo al buen tabernero, quien por su parte fué muy contento á comunicar á su cara mitad el encuentro que habia tenido.

—Besmaux y Candale han fracasado en su empresa de prender ó plagiar á Duretéte.... Yo lo intentaré y será mio, caramba.... Robaré á M. de Conti, ¡i es preciso. Mientras más lejos las serpientes, más lejos se hallará el veneno.

Y con este pensamiento que simplificaba de antemano considerablemente la misión que le daba el cardenal corrió á la casa de maese Fleuron, á quien halló como siempre, empeñado en sus elucubraciones.

—M. Fleuron, le dijo al entrar, vengo á despedirme de vos.

—Partid, mi querido señor, tan pronto.

—Pero volveré. Sin embargo, necesito de vuestras luces.

—Hablad, caballero, bien sabéis que soy todo vuestro. ¡Ah, soy tan feliz por haber seguido vuestros consejos. MM. Guénaud y Vallot me han dado clientes, y esto hace progresar mis estudios científicos.

—¡Ah, maese Fleuron! ¿qué pensáis del opio, no lo consideráis como una substancia admirable?

—Sí, señor; substancia peligrosa por cierto. Ved á los orientales, pueblo enervado.

—Y bien, si yo fuera sabio, ¿sabéis maese, lo que buscaría con particular empeño?

—Qué, señor, preguntó el sabio boticario con apresuramiento.

—Una droga que hiciera dormir con más facilidad, que esa: por ejemplo, nada más que aspirándola.

—¡Bah! nosotros casi casi la tenemos, porque no se muere con ella... pero estoy al cabo de encontrar alguna cosa que siguiendo vuestra indicación podía ser aplicada... Esperad, dijo el viejo, yendo á tomar un frasquito del rincón de su laboratorio, voy á ensayar éste inmediatamente. ¿Tenéis tiempo?

—Sí, maese, eso es muy interesante, y estoy seguro de que hartais de mí un adepto decidido, si no prefiriera los arneses de guerra. ¿Qué encierra esta redoma?

—Éter... y vaya si es rico...! Debe tener esta substancia una virtud narcótica, porque la he hecho aspirar últimamente á un enfermo por mucho tiempo, para que volviera en sí.

—¡Diablo!

—Quedando casi en estado de idiotez.

—¡Y cómo decís eso con tanta tranquilidad, maese Fleurón! si conmigo hubierais hecho semejante cosa, creed que os estrangularía.

—He aquí una invención, dijo con misterio, que va á causar una revolución en la ciencia. Esta máquina ha sido construida por mí siguiendo las indicaciones que me transmite un amigo, que es burgomaestre de Pragdeburg, lo cual no imjide que sea un sabio... Pero mirad si está ahí mi mancebo... ¡Ah! soy ma-

secundado... ya sabéis donde está la perrera, id á traerme un animal, el más vigoroso.

—Queréis tratar uno de esos pobres animales, ¿y para qué?... Me opongo.

—No hay ningún peligro, id.

Artagnan obedeció y volvió bien pronto con uno de aquellos animales, que habituados acaso á las costumbres del viejo químico, temblaba de pies á cabeza.

—Tened bien, querido señor, dijo el viejo con entusiasmo febril.

Extrajo la botella de la máquina y la aproximó al hocico del perro. Este cayó inmediatamente como herido por un rayo en los brazos del caballero.

—¡Hum! exclamó M. Fleuron con admiración, ¡ya está, ya está!

—Esto es maravilloso, respondió Artagnan, ¿pero volverá en sí?

El químico fué á tomar otro frasco y le hizo aspirar al animal, quien se reanimó gradualmente, despues se alzó sobre sus patas, dió un grito y se lanzó á la calle.

—¡Bravo, gritó el caballero, no volverás á ver más á ese pobre animal... Pero la droga es inmejorable y me siento con un deseo vivísimo de ensayarla en un hombre.

—¿Y seréis capaz de hacerlo? dijo el sabio iluminándosele los ojos de alegría.

—Sin duda: dadme una muestra.

—Consiento, pero con una condición: me daréis una instrucción exacta y circunstanciada de los síntomas que remarquéis, á menos que no prefiráis hacerme testigo presencial de la cosa.

—¡Imposible! será á doscientas leguas de aquí, en mis montañas del Bearn, donde haré el experimento,

—¡Oh! iría al fin del mundo.

— ¿Me daréis la redoma, maese Fleurón?

— Hela aquí, pero no os olvidéis. los pormenores. . . . Y tapó el frasquito con precauciones infinitas. Algunas gotas en una mascada, añadió, serán suficientes.

— Quedad tranquilo, dijo Artagnan, envolviéndolo en la suya. Adiós, maese.

— Sí, partid, y escribidme pronto. Esperándoos voy á continuar mis experimentos <in anima vili;> todos mis perros pasarán por la prueba, si es preciso. ¡Esta es una maravilla, una maravilla!

Y Artagnan salió muy contento de su adquisición.

XXI

Al siguiente día, sin acatar Champagne la orden que recibió la víspera de no despertar á su amo antes de las nueve de la mañana, el fiel criado á medio vestir entró en su recámara á la madrugada y sacudió vigorosamente las sábanas con que se tapaba Artagnan.

— ¡Señor, señor! exclamó, pronto, pronto, ¡arriba!

— ¡Ah! ¡Diablo! hizo Artagnan. ¿Los españoles y M. de Condé están en las puertas de París?

— ¡Mejor que eso, señor; tomad y ved!

Y el adicto criado mostró á su amo un bolsillo de terciopelo haciendo sonar su contenido alegremente.

— ¿Qué es eso, Champagne?

— Veinte mil libras, señora.

Artagnan se incorporó, recibió con desconfianza el bolsillo y miró á Champagne.

— ¿De dónde viene esto?

— Señor, respondió aquél, una joven envuelta y de buen no he visto el rostro, aunque juraría que es la

criada de una gran señora, según su elegancia y su porte, lo ha puesto en mis manos.

— ¿Una criada? Y Artagnan metió sus manos en el saquillo, de donde sacó una carta, y vació todo el oro en su cama.

Desdobló el billete, y leyó lo que sigue:

«Vuestro arresto en la puerta de San Antonio, me ha hecho conocer que habia cometido una grave falta al pretender hablaros: por otra parte, considero un deber mío daros una recompensa por la pena que os he causado con ese motivo; en consecuencia, os suplico aceptéis eso como un testimonio de mi amistad y de mi estimación. Muy dichosa me consideraría si pudiera pensar que de alguna manera he podido contribuir á vuestra fortuna, y que allanaba las dificultades que la ingratitud de los hombres ha colocado delante de vos para que os réhusen lo que tenéis merecido. He reflexionado, pues, en lo inconveniente de mi primera determinación, y para castigármela, exijo que no procuréis nunca descubrir el misterio de que desea rodearse la que será de vos, aunque desde lejos, más que una amiga, mejor que una amante—una hermana.»

Artagnan se dejó caer sobre la almohada.

— ¡Una hermana! ¿exclamó, quién es esta mujer?

Y permaneció así durante un gran rato entregado á sus reflexiones.

— ¡Lo sabré! dijo con resolución saltando fuera del lecho.

Desde este momento, Artagnan sospechó de todas las mujeres á quienes atribuía aquella liberalidad que le permitía alcanzar por fin aquel despacho de capitán. En consecuencia, dió sus instrucciones á Champagne. Pero cuando iba á salir, entró madama Pluchet.

—¡Por fin sois capitán! exclamó saltándole al cuello.
—Perdón, mi querida madama Pluchet, la dijo Artagnan, pero comprenderéis que necesito salir sin tardanza para apersonarme con M. de Bastillac.

—Dios mío, lo he sabido por M. de Navailles, á quien Pluchet vió esta mañana á su salida del Louvre, y sin pensarlo corría inmediatamente muy contenta. . . .

—Sí, hija mía no dudo de vuestra alegría, pero. . . .

—Y con una palabra de M. de Navailles, he comprendido. . . .

—¿Habéis comprendido?

—Que necesitáis de todos vuestros amigos.

—¿Madama Pluchet, queréis que nos enfademos para siempre?

—¡Yo, gran Dios!

—¿Qué es esto?

—Una débil ofrenda para las cajas de M. Bastillac.

—Tomad, madama Pluchet, sois un ángel, pero soy rico, mirad, veinte libras!

Y el caballero enseñó el saco lleno de oro.

—Pero caballero, ahora que cambia vuestra posición, tendréis mayores gastos para sostener esa misma representación que váis á ocupar. . .

—Pues bien, madama Pluchet, tenéis razón, no había pensado en eso, pero no quiero, ¿entendéis? no puedo aceptar.

—Porque soy yo, decidlo de una vez, quien os lo ofrece.

—No, os lo juro.

—¡Ah! Artagnan, exclamó la joven llorando, sois un ingrato, y vos. . . .

—Escuchad, Estébana, tengo menos previsión que vos, es un hecho; pero tengo más prudencia. Conozco

á maesa Pluchet, y no quiero ser motivo de discordia entre vosotros. Es preciso llevarle ese dinero.

—Es mío, enteramente mío.

—Una mujer casada no tiene nada suyo.

—¡Carlos! dijo ella con una voz irresistible.

—No, respondió el caballero dando con el pie en el suelo.

—¡Pues bien! venid á pedirle á mi marido: os prestará diez, veinte, mil libras, yo me comprometo.

—Estébana, repitió Artagnan sois adorable y os amo, pero no puedo prometeros eso.

—Pues, id á ver hoy á mi marido.

—Pero. . . . Bien, os lo prometo.

—Con esta seguridad madama Pluchet dejó salir al caballero; pero cuando él hubo cerrado la puerta, los ojos de la hermosa tabernera se fijaron en un papel que estaba sobre la cama. Se aproximó con temor y latiendo el corazón precipitadamente: cuando le hubo tomado, parecía que oprimía un carbón encendido.

Era la carta que acompañaba el envío de las veinte mil Libras.

Madama Pluchetaleyó con calma, la puso en el mismo sitio, enjugó una gruesa lágrima que rodó por su mejilla, quedando otra en sus ojos azules, y salió de la casa.

Cuando estuvo en la calle, se volvió, consideró las ventanas del caballero, y huyó precipitamente murmurando:

—¡Oh, esto acabó para siempre!

—Durante este tiempo, Artagnan corrió al palacio Mazarino. El cardenal estaba ausente.

Pero tenía sin duda que hablar á M. Dufresnoy, por lo que se dirigió hacia la galería donde trabajaba el pin-

tor aquel día en el retrato de la morena Olimpia Mancini.

Ana María y madama de Venelle estaban sentadas cerca de la ventana.

—Señor Artagnan, exclamó la señorita Mancini, ¡yo no quiero que miréis esto! ¡es muy feo!

—¡Muy feo, señor! ¡oh! cómo decís eso. Este señor ha trasladado admirablemente la expresión de vuestras facciones.

—Sois un adulator, caballero, y no os creo. Lo prueba el que no decís nada del retrato de Ana María que está mejor acabado.

—¡Mejor acabado! exclamó el pintor.

—¡Oh! querido señor Dufresnoy, no toméis para vos mis palabras. Sé bien que Ana María es cien veces más hermosa que yo, y en consecuencia, ha debido inspiraros mejor.

—¡Olimpia!... dijo la joven aludida.

—Vamos, pretendéis acaso que no digo una verdad!... hago juez al señor Artagnan. Veamos, caballero, os lo rogamos, comparad la diferencia que existe en nuestras facciones, y decidid.

—Señoritas, interrumpió madama Venelle sin moverse de su asiento, creo de mi deber prohibir formalmente al señor toda disertación acerca de ese particular.

—¿Por qué, querida señora de Venelle? preguntó Olimpia con la admiración más natural del mundo.

—Eso no es conveniente, respondió la dueña con aire afectado.

—Eso, señora resulta en perjuicio de M. Dufresnoy que ha encontrado la mejor ocasión para un artista: pintar á la vez dos modelos de una expresión tan diferente! replicó Artagnan.

—Os suplicó, caballero, no añadáis más, replicó la dueña continuando su piadosa lectura.

—Permitidme insistir, señora, y os diré que es exclusivamente preciso porque casualmente traigo en mi bolsa un texto preciso que citar, un tomo de la señorita de Scudery, en el cual se encuentra establecida la más sublime y sutil al mismo tiempo, la distinción más delicada, digamos, que existe entre las damas morenas y las rubias.

—¡Una novela de la señorita de Scudery! ¡exclamó Olimpia, oh! ¡dadme pronto señor Artagnan, ó mejor leed! ¡leed!

—Perdonad, interrumpió madama de Venelle levantándose y extendiendo la mano, debo antes examinar el libro.

El caballero dió galantemente algunos pasos hacia la anciana y la entregó el volumen con una sonrisa de una finura estremada.

—Señor Artagnan, replicó Olimpia, os hago gracia ahora de vuestra disertación; pero con una condición.

—¿Cuál, señorita?

—Exijo que no miréis más la obra ni el modelo de M. Dufresnoy.

—Señorita, sois una persona adorable, y os doy mi palabra de gentil hombre que me haría matar por vos.

—¡Oh, señor Artagnan, he aquí un ofrecimiento grave! acaso os lo recuerde un día.

Artagnan no pudo menos de admirarse y su mirada reveló su entusiasmo, sus labios se entreabrieron, y exclamó lleno de gozo, con toda la efusión de su alma.

—¡Esta es la hora más feliz de mi vida!

—Señor Artagnan, habéis dicho que os haríais matar por Olimpia. Pues bien; por lo que amáis es necesario más que eso....

—¡Hablad! ¡oh! ¡hablad! . . .

—Es preciso sufrir.

Ana María pasó delante de él, que estremeció como si lo hubiera tocado la ala de un ángel.

Permaneció inmóvil cerca de la ventana, siempre inclinado, y ni oyó que la morena Olimpia le dijo jovialmente:

—Vamos á decir á Su Eminencia que estáis aquí, señor Artagnan.

Cuando Artagnan hubo vuelto completamente de aquel paroxismo, se encontró solo en la galería.

Allí estaban los retratos en miniatura de las dos jóvenes y pensó en apropiarse una de aquellas miniaturas.

Extendía ya su mano hacia la preciosa imagen, cuando entró la señorita Martinozzi. Probablemente su acción había sido sorprendida, porque la joven se adelantó con gravedad hasta la caja del pintor y se apoderó de la miniatura.

—Eso no es bien hecho, caballero! . . . dijo.

—¡Oh! ¡perdonad! . . . exclamó Artagnan cayendo de rodillas; pero voy á partir! . . .

—Mi tío os espera, respondió Ana María, pero me ha permitido que os entregue esto.

Y la joven tendió al caballero, siempre arrodillado ante ella, un pergamino del cual colgaba un escudo de cera roja.

—He aquí vuestro despacho de capitán, añadió.

Artagnan recibió el pergamino con reconocimiento.

Ana María reprimió con dificultad un suspiro y se retiró con lentitud por una puerta situada en el fondo de la galería.

Cuando se levantó, no supo explicarse cómo se encontraba en sus manos el retrato de Ana María y lo envol-

vió con cuidado en el despacho esperando colocarlo en un relicario. Después, pasó á ver al cardenal.

No necesitamos llevar al lector á la conferencia que tuvo nuestro héroe con el cardenal, conferencia que duró más de una hora y que terminó con estas palabras de Mazarino:

—¡Partid mañana en la tarde!

Las tres sobrinas del cardenal pasaron juntas el día y Olimpia exclamó:

—En fin, si ese pobre señor Artagnan supiera lo que va á hacer á Burdeos, preferiría atravesarse el corazón con su espada.

Ana María respondió con un ligero movimiento de cabeza que tal vez quería decir:

—Estoy bien tranquila.

—¡Vamos, confiesa que le amas! . . . dijo María Mancini abrazándola.

—Nunca seré princesa de Conti, respondió la Maravilla de los cabelles rubios.

La misma noche Champagne tomó cierto aire de importancia, y dijo á su amo:

—Señor, he descubierto quién es la dama de las veinte mil libras.

—¡Ah! exclamó Artagnan con atención.

—Quiero decir que he reconocido á la que me las entregó, en un corredor del Louvre, pertenece á la señorita. . .

—Champagne, interrumpió Artagnan con flemá, si algún día abris la boca para hablar de eso, os levanto la tapa de los sesos.